

# ¿Por qué es válido el BAUTISMO

Luis M. Benito S. I.

Hace ya algún tiempo publicaba la revista Time (Dic. 5, 1955) una larga nota, totalmente opuesta al estilo relámpago de dicho semanario, sobre la actuación evangelista y los éxitos pastorales de Theodor Floyd Adams, pastor protestante de la primera iglesia bautista de Richmond en los Estados Unidos. Sin descender a muchos detalles doctrinales ni especificar la rama bautista a la que pertenece Adams, se nos proponían los argumentos bautistas en pro del bautismo únicamente válido en los adultos, además de la concepción de Iglesia y Escritura en esta denominación protestante.

No vamos ahora a hacer una exposición detallada de las doctrinas bautistas, ni mucho menos una refutación de ellas. Últimamente se ha escrito bastante en España sobre el particular. Al leer el artículo de Time más bien se nos ocurrió la idea de exponer en una breve nota la doctrina católica acerca del bautismo de los niños, tesis que, como decíamos antes, es comunmente rechazada por los bautistas.

## «El que creyere y se bautizare se salvará»

Esta frase del Evangelista San Marcos es la que ha dado origen a la posición bautista por lo que se refiere a la invalidez del bautismo de los que carecen de uso de razón.

Es evidente que Cristo hace aquí dos afirmaciones tan íntimamente vinculadas entre sí que la segunda no se puede dar sin la primera. Una es base necesaria y fundamento de la otra.

Para salvarnos tenemos que dar dos pasos consecutivos necesarios: primero, creer en la doctrina de los Apóstoles, en el Evangelio de Cristo, y luego, solamente después de nuestro acto de fe, podemos ser bautizados y recibidos en la Iglesia. De aquí deducen una conclusión los bautistas, que es el principal eje de su doctrina: luego aquel que no cree, aquel que es incapaz de emitir un acto de fe, no puede ser bautizado. Ahora bien, como los que carecen de uso de razón no son capaces de emitir un acto de fe, no pueden ser bautizados; más aún, el hacerlo sería ir en contra de las mismas enseñanzas de Jesucristo.

Pero esta conclusión está muy lejos de ser el verdadero pensamiento de Cristo. Ciertamente la frase de San Marcos aislada nos podría llevar a pensar así, pero leída en su contexto es ajena a esa afirmación.

«Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará; el que no creyere se condenará» (Mc 16 15-16).

Cristo da a sus Apóstoles un mandato terminante: ir a predicar el Evangelio a toda criatura. Cristo, pues, está hablando aquí

# de los NIÑOS?

con aquellos que son capaces de entender su doctrina; ahora bien, es de esos, de los que pueden entender y recibir su doctrina, de los que dice que si creyeren y se bautizaran se salvarán. Es decir, Cristo habla de los que tienen uso de razón. Y de éstos, claro está, hay que decir que si no creyeren y se bautizaran no se salvarán. La misma Iglesia exige siempre esta profesión de fe antes del bautismo de los adultos. Pero ¿y los niños y los que carecen de uso de razón para entender la doctrina de Cristo?

El Señor no habla de ellos en este pasaje del Evangelio. Prescinde de ellos. Para ver lo que Él piensa sobre su bautismo habrá que acudir a otra citá evangélica. Unas palabras de Cristo complementadas por otras de San Pablo son las que hacen luz en esta materia y nos dan el pensamiento genuino de las Escrituras.

### Cristo y los niños sin bautizar

Sabemos por San Juan que entre los puntos tocados por Jesús en su conversación nocturna con Nicodemos, hay uno referente a la necesidad del bautismo en todos los hombres para entrar en el cielo.

«Respondió Jesús: Te digo con toda certeza que el que no naciere del agua y del Espí-

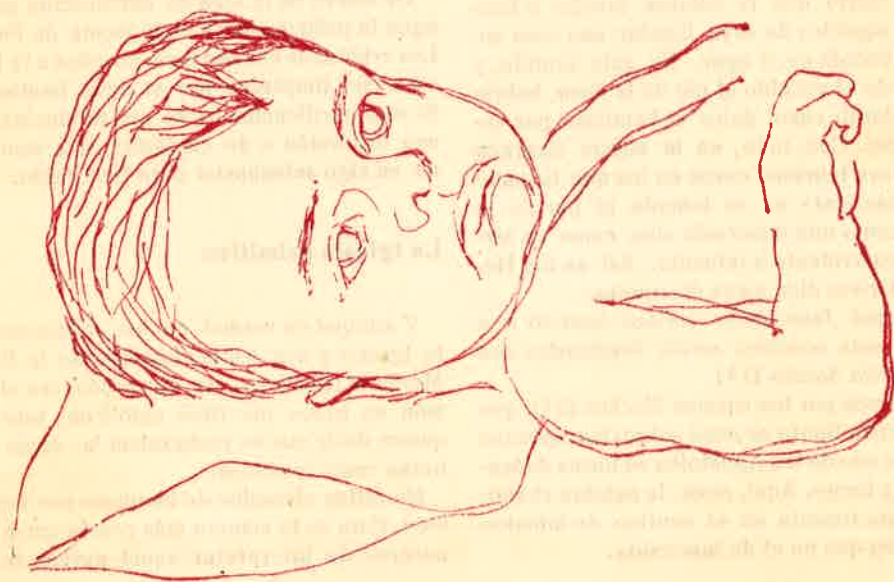
ritu no puede entrar en el reino de Dios» (Jo 3<sup>5</sup>).

Es, pues, el bautismo, un sacramento necesario para todos. No hay excepción en las palabras de Cristo. Lo mismo el adulto que emite un acto de fe pleno y consciente, como el niño que carece totalmente del uso de razón, no entrarán en el reino de Dios sin haber recibido el bautismo.

Pero este radicalismo de las palabras de Cristo entraña en sí mismo una dura dificultad si admitimos la interpretación bautista del texto de San Marcos antes aducido. Si se requiere el acto de fe personal antes del bautismo, y sin bautismo nadie se salva, ¿cómo se pueden salvar los niños sin uso de razón?

### Unas palabras de San Pablo

En su primera carta a Timoteo dice San Pablo: «(Dios) quiere que todos los hombres se salven y vengán al conocimiento de la verdad» (2<sup>4</sup>). Por estas palabras afirma el Apóstol que Dios quiere con voluntad seria y verdadera, (todo esto quiere decir el verbo griego que usa), que *todos* los hombres, sin excepción ninguna, se salven, es decir, que vayan al cielo, pues como añade a continuación: «Hay un solo Mediador entre Dios y



los hombres; Jesucristo, el cual se dió a Si mismo en precio de rescate por todos» (2<sup>5</sup>). Notemos que San Pablo vuelve a repetir enfáticamente «por todos». Luego Dios quiere que también los que no tienen uso de razón se salven.

Ahora bien, si según Cristo (lo hemos visto antes) nadie se puede salvar sin el bautismo, y según San Pablo Dios quiere sinceramente que todos se salven, los niños y los que carecen de uso de razón no solamente pueden sino deben ser bautizados para evitar el riesgo de una posible pérdida del cielo contra los planes salvadores de Dios.

Se ve pues, por estas breves reflexiones que la doctrina bautista está muy lejos del pensamiento y de las palabras de Cristo y de San Pablo.

### La inmersión

Por lo que se refiere al rito de la administración del bautismo, si bien se trata de algo meramente accidental para los católicos, en muchas sectas bautistas, por no decir en todas, se le considera substancial bien sea por inmersión, bien por aspersión.

Creemos que la mejor demostración de la accidentalidad en el modo de bautizar es ver que para los libros inspirados lo substancial en el bautismo es la idea de «lavacrum» o lavado purificadorio por medio del agua.

Es cierto que la palabra βαπτίζω o bautizar, significa de suyo limpiar una cosa sumergiéndola en el agua. En este sentido, y tomando el vocablo al pie de la letra, habría que admitir como único el bautismo por inmersión. Con todo, en la misma Sagrada Escritura tenemos casos en los que la palabra «bautizar» no es tomada al pie de la letra como una inmersión sino como un término equivalente a infusión. Así en los Hechos, Cristo dice a sus discípulos:

*«Porque Juan a la verdad bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo»* (1<sup>5</sup>).

Sabemos por los mismos Hechos (2<sup>3</sup>), que el Espíritu Santo se posó sobre las cabezas de cada uno de los Apóstoles en forma de lenguas de fuego. Aquí, pues, la palabra «bautizar» está tomada en el sentido de infusión más bien que en el de inmersión.

Si analizamos el pensamiento paulino a este respecto veremos que Pablo no hace mucho hincapié en una interpretación literal de la palabra «bautizar». Para él *el bautismo es la purificación por medio del agua como instrumento para limpiar el alma del pecado*. Así nos dice en su carta a Tito:

*Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia, nos salvó por el lavatorio de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo»* (3<sup>4-5</sup>).

Alusión manifiesta a las palabras de Cristo a Nicodemus. San Pablo fija su atención en una regeneración, en un nuevo nacimiento, obra de la misericordia de Dios, producido en nuestras almas por el agua que nos lava y abre el camino a la venida del Espíritu Santo.

Esta misma idea la vuelve a repetir el Apóstol en su carta a los cristianos de Éfeso, cuando hablando de la Iglesia, de ese Cuerpo místico formado por los cristianos, que hacen de la Iglesia esposa santa de Jesucristo, dice:

*«...Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a Si mismo por ella. Para santificarla, limpiándola en el lavatorio del agua por la palabra»*. (5<sup>25-26</sup>).

De nuevo es la idea de purificación por el agua la predominante en la mente de Pablo. Los cristianos quedan incorporados a la Iglesia al ser limpiados por el agua bautismal. Si esta purificación ha de ser producida por una inmersión o de cualquier otra manera, no es algo substancial para San Pablo.

### La Iglesia primitiva

Y aunque es verdad en los comienzos de la Iglesia y aun hasta después de la Edad Media el bautismo por inmersión era el común en todos los ritos católicos, esto no quiere decir que se rechazaban las otras maneras como inválidas.

No faltan ejemplos de bautismo por aspersión. Esta es la manera más común entre los autores de interpretar aquel pasaje de los

Hechos en el que se nos narra el bautismo de tres mil personas el día de Pentecostés (Act 2<sup>41</sup>).

Pero el documento más fehaciente en favor de la accidentalidad del rito bautismal lo encontramos en la Didaché, documento del siglo I, en el cual se instruye a los cristianos sobre la manera cómo han de bautizar:

«...Bautizad en el nombre del Padre y del Espíritu Santo con agua viva. Si no tienes agua viva bautiza con cualquier otra clase de agua; si no puedes con agua fría, hazlo con caliente. Si no tienes ni una ni otra, *derrama* tres veces el agua sobre la cabeza en el nombre, etc. (1).

Se entiende por «agua viva» el agua de río o de mar, y en general agua corriente; otra agua «no viva» es en la mentalidad oriental agua de un baño o piscina. Según esto el sentido de la última frase, que es la que hace a nuestro propósito, sería: si no te es posible usar ni una ni otra para sumergir en ella

al bautizando, usa del bautismo por infusión.

Lo mismo nos consta, entre otros ejemplos, del bautismo de Novaciano que lo recibió echado en una camilla (2). Y San Cipriano, que vivió en el siglo III, nos dice en una de sus cartas que no se ha de negar la misericordia divina a aquellos que solamente pueden ser bautizados por infusión. Casos semejantes encontramos en las Acta Martyrum.

Vemos pues, que si bien en las Iglesias primitivas el bautismo era generalmente por inmersión, ya se prevenían casos en los que esa costumbre podía ser quebrantada sin por ello perder validez el bautismo.

No nos queda sino cerrar ya esta nota con la esperanza de que estas ideas sencillas puedan alguna vez ser la mano amiga que traiga al redil de Cristo al hermano descarriado.

(1) ROÜET DE JOURNAL, *Enchiridion Patristicum*, 4.

(2) ROÜET DE JOURNAL, *Enchiridion Patristicum*, 547.

